

Editorial

Adolescentes y mundo de los adultos

Debemos pensar que estos renglones los están leyendo los adultos y no los adolescentes: por eso al mundo de los adultos nos dirigimos.

Todos conocemos –por lo menos por experiencia personal- la pubertad: una edad crítica, en la cual, parece que entra en el ánimo humano una potencia casi misteriosa, que eleva, adorna, da vigor a todas las inclinaciones, todas las ideas, y tal vez las transforma o las dirige hacia una dirección imprevista.

La palabra que mejor caracteriza esta etapa es: crisis. No sólo para el adolescente mismo, sino también para su familia, la escuela, la comunidad eclesial y la misma sociedad. El adolescente pone “en crisis” todo y los adultos nos sentimos cuestionados.

A menudo, el mundo de los adultos reacciona con malestar, con agresividad y con sarcasmo. Un comentario que hacen los adultos revela el sarcasmo y, a la vez, la impotencia: *“La adolescencia es una enfermedad que, gracias a Dios, pasa con el tiempo”*. Otros recurren a un aumento de intervenciones autoritarias que, tal vez, agudizan los problemas en el futuro, mientras resuelven los actuales. Otros adultos, frente al fracaso de toda iniciativa, tiran la toalla: dejan de dialogar con el joven y... esperan días mejores para reanudar la relación. Otros adultos, por fin, adoptan los estilos –maneras de comunicar, de vestirse, de relacionarse- de los adolescentes para estar cerca de sus hijos o alumnos o feligreses.

No hay receta y esto debe hacernos humildes. Sí, la humildad de nosotros los adultos como la actitud más seria frente a los adolescentes. Frente al niño que se está haciendo joven debemos reconocer, ante todo, que cada persona es un ser único, original, irreplicable: un misterio. Y, al misterio, debemos acercarnos con cuidado y respeto, con la percepción y la actitud de quien no tiene todas las explicaciones y soluciones: se precisa una mirada de asombro y respeto, según nuestro parecer.

Una nota, que a menudo encontramos en los adolescentes, es el entusiasmo, conjugado con nobleza y deseo de valores comprometedores. Lo sabemos: no tienen perseverancia, son inestables y contradictorios, faltan de realismo, etcétera... Al mismo tiempo, ¡ojalá conserváramos el mismo entusiasmo –sin interrupciones- y cultiváramos los mismos ideales nobles –sin abandonarlos-! ¡Ojalá pudiéramos ofrecer un testimonio de coherencia y vivencia clara de los valores que intentamos transmitirles con nuestra enseñanza!

También desde el punto espiritual nos desafían para descubrir, re-descubrir y vivir una religiosidad más fresca, no-rutinaria, menos burocrática y formalista, rica emocionalmente y profunda teológicamente, abierta a las sugerencias y las necesidades de los más desprotegidos y desafortunados. Nos echan a la cara todo tipo de falsedad e hipocresía: nos piden más compromiso y coherencia. No podemos defendernos,

diciéndoles que también ellos faltan de coherencia y compromiso. Tal vez nos están ayudando a crecer espiritualmente, a retomar un camino estancado.

En este sector, hay momentos en los cuales el ánimo de los jóvenes está dispuesto de manera tal, que un poco de presión es suficiente para lograr toda cosa que tenga apariencia de bien y de sacrificio: estos momentos deberían ser admirados con mucho respeto y no aprovecharlos para lograr nuestros fines. La actitud adulta es la de quien nunca renuncia a explicar racionalmente, a convencer, a llevar razones de todas las cosas. Frente a una personalidad todavía “tierna” –de allí la “ternura” que suscitan muchos adolescentes-, es tarea de los adultos respetar y acompañar, sin manipulaciones, amenazas o chantajes emocionales.

¿Y si, después de las reflexiones que se ofrecen en este número de la revista, nos encontramos no preparados e incapaces de resolver los problemas con nuestros adolescentes? ¡Armémonos de paciencia, tolerancia y no olvidemos pedirle a Dios el don de la prudencia!